

OLOR DE SANTIDAD (I)



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz Lorente

El cólera morbo invadió Alicante en el verano de 1854. El jueves 10 de agosto se diagnosticó por primera vez esta enfermedad en la ciudad. El alcalde ordenó trasladar al enfermo al lazareto, establecido provisionalmente en la fábrica La Británica.

De las casi 20.000 personas que habitaban las más de 9.000 casas de la ciudad, unas 9.000 se trasladaron a fincas de la huerta o a municipios vecinos, huyendo de la epidemia. Entre ellos, la mayoría de los funcionarios y curas. El alcalde ordenó que los regidores no salieran de la ciudad y que regresaran los que se habían ido, pero no todos obedecieron.

No obstante, algunos de los que marcharon llevaban ya consigo la semilla de la enfermedad, falleciendo poco después, allá donde se habían asilado.

La epidemia diezmo la población de la ciudad, puesto que durante el mes y medio que duró fallecieron casi 2.000 personas. De los algo más de 10.000 habitantes que se quedaron en Alicante, 6.000 fueron invadidos por la enfermedad, si bien dos de cada tres lograron sanar. Entre los fallecidos estaban el arquitecto **Emilio Jover** y el comerciante **Pascual Vassallo**. Entre quienes sobrevivieron, el obispo **Félix Herro Valverde**.

A la sazón, el alcalde alicantino era el progresista **Manuel Carreras Amérigo**, nacido el 31-7-1794. Su esposa era **Juana Bellón Laviña**, nacida el 19-7-1796. Contrajeron matrimonio en San Nicolás el 8-10-1814, tenían ocho hijos y vivían en la calle San Francisco. Transcribimos a continuación unos extractos del diario que Juana escribió durante aquel trágico verano de 1854. Las aclaraciones entre paréntesis son nuestras.

15 de agosto, martes

Hoy ha sido un día muy triste. Por la mañana vino a casa **Asun** para avisarnos de que su padre había empeorado y que quería ver a **Manolo**. Fuimos enseguida a verle. **Miguel** estaba en la cama, delirando, presa de enormes temblores y altísima fiebre, rodeado por **Antonia**, sus hijas, y sus hermanos **Tomás**, **José** y **María**. Antonia nos dijo, entre sollozos, que los medicamentos que le había recetado **Juan Gallostra** no le habían hecho ningún efecto. El pobrecito tenía un aire a eccehomo que daba pena verlo. En vez de 46 años, diríase que tenía el doble de edad. Nada más ver a Manolo le dio un

ataque de tos, arrojando una espadaña en la palangana que la sirvienta le puso a tiempo. Las tripas le sonaban como si tuviera un bicho dentro, consumiéndole con una diarrea infinita. El hedor era insoportable, pese a estar la ventana abierta, pero Manolo se le acercó, al tiempo que Tomás me decía que había venido a llevarse a su hermano, a su cuñada y a sus sobrinas a la Cruz de Piedra, donde está el resto de la familia desde el mes pasado, pero que temía no poder hacerlo por lo muy débil que lo veía. Miguel quiso hablarle a Manolo, pero apenas pudo pronunciar palabra. La fiebre tan alta y la tos convulsa le asfixiaban. Jamás olvidaré ese rostro escuálido y demacrado, que miraba con ojos muy abiertos y desesperados (...). Miguel ha muerto al anochecer.

Hace un rato, al llegar a casa, Manolo me ha dicho que ha declarado oficialmente la existencia de epidemia en Alicante, y que ha mandado al sepulturero

taria, tiene 47 años, está casado y tiene una hija, pero no han venido con él. Manolo cree que se han quedado en Madrid, aunque también ha oído que están en Málaga. Ha sido gobernador en Canarias y ya estuvo viviendo aquí unos meses hace catorce años, pero apenas si lo tratamos Manolo y yo. Ni me acordaba de él, pero sé que hizo algunas amistades, que naturalmente se han alegrado mucho de su venida, como **Paco Riera**, que le ha recordado a Manolo que la esposa se llama **Adelaida Polvorosi**.

Ocupó entonces un cargo poco relevante y llegó a presentarse en las elecciones de finales del 46 por el partido progresista en la provincia, pero no tuvo ni un voto. En el palacete de la calle Gravina ha sido recibido por los secretarios del Gobierno Civil, su amigo **Juan Vila**, que también trabaja ahí, y por **Paco Riera**, como 2.º alcalde. Después de reunirse con ellos hizo publicar un bando ordenando que todas las autoridades es-



ILUSTRACIÓN DE JOSÉ LUIS MARAVALL, PROFESOR DE BELLAS ARTES DE LA UMH

que le dé, a partir de mañana, un parte diario con el número de cadáveres enterrados en el cementerio, víctimas del cólera.

(**Miguel España Sotelo** había participado en 1844 en la rebelión militar encabezada en Alicante por **Pantaleón Boné**, cuya trama civil fue dirigida por Manuel Carreras. Boné fue fusilado junto con otros rebeldes, conocidos como Mártires de la Libertad, mientras que Carreras y España sufrieron exilio. Miguel estaba casado con Antonia Samper, tenían dos hijas: **Asunción** y **Florentina**, y vivían en la calle Triunfo).

22 de agosto, martes

El mal ha invadido la Villavieja y los barrios extramuros. Hoy ha llegado el nuevo gobernador, don **Trinitario González de Quijano**, acompañado de un par de ayudantes. Es guipuzcoano, de Gue-

tén en sus puestos y que se levanten los cordones sanitarios que evitan la libre entrada y salida de la ciudad.

(**Juan Vila y Blanco** publicó en el mismo año 1854 el librito «Últimos días del Excmo. Señor Don Trino Gonzalez de Quijano»).

23 de agosto, miércoles

Ayer fueron enterrados 70 alicantinos. Ya son más de 200 los que han sucumbido al cólera, desde que Manolo declaró oficialmente la epidemia.

Esta mañana Manolo se ha reunido con el gobernador civil en el Ayuntamiento. Luego, éste ha publicado un bando ordenando la apertura de todas las tiendas de comestibles y advirtiéndole de que castigará a quienes vendan géneros con precios subidos.

Manolo me ha contado esta noche que Quijano le ha causado una gratísi-

ma impresión, que es un hombre de trato exquisito, pero de gran energía, y que está cargado de buenas intenciones. Yo le he dicho lo que me ha contado **Vicente Román**, a quien he encontrado cuando entraba en su casa. Que Quijano ha reunido en su despacho a una decena de facultativos, para asegurar la asistencia médica a todos los invadidos por el cólera, dividiendo la ciudad en seis distritos. Luego, el gobernador ha marchado a visitar el hospital, la Casa de Beneficencia y la Maternidad, acompañado por Vicente y otros médicos y cirujanos, así como **Mariano Borja**, el beneficiado de Santa María.

Después del hospital y los asilos, el gobernador ha visitado dos casas de San Antón, donde le dijeron había familias enteras enfermas. En la primera ya habían fallecido la madre y dos de los hijos. Estaban invadidos el padre y el abuelo, y quedaban sanos tres niños, la mayor de 13 años. Eran atendidos por algunas vecinas porque la Beneficencia está llena. Para asombro de todos, Quijano entró en el dormitorio de los invadidos y aseó sus lechos, manchados de vómitos y diarreas, con ayuda de algunos de su comitiva. Vicente le dijo que

no se podía hacer nada por el abuelo, pero que tal vez el padre tendría alguna esperanza, si se alimentaba bien y tomaba los medicamentos oportunos. Quijano le pidió la receta y se la dio al sacerdote, junto con unas monedas, para que se encargase de la compra.

En la segunda vivienda que visitó había una anciana solitaria y moribunda. La desdichada llevaba varios días sin levantarse de la cama. Tanto su lecho como su ropa y ella misma estaban cubiertos de inmundicia. Ni siquiera cuando Quijano se la acercó para tomarle una mano abrió los ojos. Vicente y los demás facultativos diagnosticaron un fin inmediato, pues les bastó ver aquella calavera con cabellera blanca y sucia esparcida sobre la almohada. Estaba ya más cerca de sus antepasados que de los vivos, me dijo Vicente. Era tanta la suciedad y el calor allí concentrados que nadie se atrevió a entrar en la habitación, menos Quijano, que se sentó en la cama y, cogiendo a la moribunda por sus flaquísimos hombros, la levantó para estrecharla entre sus brazos.

A este abrazo respondió la enferma con una espadaña, débil y escasa, que vertió sobre el frac del gobernador un líquido asqueroso. Lejos de sobresaltarse, Quijano abrazó más estrechamente a la anciana. Y así se quedó, encorvado y apretando contra su pecho aquella agónica mujer, hasta que la sintió estremecerse muy ligeramente y expirar por fin con un debilísimo suspiro. Muy quietos y con los ojos inundados de lágrimas, los hombres que acompañaban a Quijano le vieron dejar con cuidado a la recién fallecida sobre el lecho. Salió de la habitación enjugándose las lágrimas con un pañuelo y le pidió al sacerdote que le procurase un rápido y digno entierro.

www.gerardomunoz.com
También puedes seguirme en
www.curiosidario.es